

Sobre el compromiso del artista en el tiempo que vive Venezuela

RODOLFO IZAGUIRRE

El autor se pregunta acerca de cuál debe ser el compromiso social del artista en el tiempo que vive Venezuela o cuál debe ser el compromiso del artista-intelectual en este siglo XXI. Citando algunos autores acerca de la ética y la responsabilidad afirma que todos somos responsables de nuestras relaciones con el poder político porque no es fácil escapar de la política y nunca, como en la discutible hora bolivariana, la política ha estado tan vinculada a nuestra vida.

Puede estremecerse el mundo; puede más furioso que nunca estrellarse el mar contra los arrecifes y el viento huracanado arrancar de raíz el árbol más corpulento, pero el artista plástico, el escritor o el músico jamás abandonarán el color que tanto busca, la palabra justa y precisa que tarda en encontrar, o el acorde ausente de la partitura, porque saben que son elementos sagrados que persisten integrados a su propia vida. Los colores de los mosaicos en la casa de la abuela, las historias de gente muerta contadas por la antigua criada que lava la ropa con el cigarrillo encendido dentro de la boca o el trino de algún pájaro en la mata de mango pudieron ser el dispositivo secreto que dio vida al gusano del arte. Saben también que en la otra acera de su yo existe un país que los vio nacer, unos seres que crecieron con ellos y una verde e interminable

pradera cultural que los reúne y les permite considerar que existe también un organismo político que los gobierna, pero no siempre con nobleza y sana justicia porque a veces se hunde en las tinieblas de la autocracia y en el pantano del pensamiento único.

Los artistas somos sujetos que solo por estar vinculados al arte creemos tener una señal distintiva en la frente, pero pertenecemos por igual a la sociedad en la que vivimos. Deseamos tener una casa propia, vestir a nuestros hijos, alimentarnos y ser felices.

Todos somos responsables de nuestras relaciones con el poder político porque no es fácil escapar de la política y nunca como en la discutible hora bolivariana la política ha estado tan vinculada a nuestra vida. Estamos sumergidos en ella, invadidos por ella, pero al artista no le complace

DOSSIER

para nada que la política, cualquiera que sea la naturaleza de su ideología, invada o contamine su obra porque si consiente en ello la daña y la oscurece. Pero también somos intelectuales y nuestra relación o comportamiento con la política es más manejable.

Se nos pregunta cuál debe ser el compromiso social del artista en el tiempo que vive Venezuela o cuál debe ser el compromiso del artista-intelectual en este siglo XXI. Compromiso sugiere Responsabilidad. Y Víctor Guédez, experto en Ética y Responsabilidad Social Empresarial dice que la responsabilidad significa responder por lo que hice, por lo que no hice o por lo que dejé de hacer, y cuando la responsabilidad se comparte aparece la Corresponsabilidad que significa que yo también soy responsable de lo que hacen, de lo que no hacen y de lo que dejan de hacer todos aquellos con los cuales se comparte una misma realidad.

Y el filósofo Jonatan Alzuru, desde una perspectiva nietzschiana, considera que la belleza y la libertad están relacionadas con el cuidado de sí. Y el cuidarse es la práctica fundamental de la responsabilidad. Ser capaz de responder ante sí mismo por lo que se hace, cómo se hace y para qué se hace. Es decir, es el primer asunto de la responsabilidad, de la acción de responder por las actuaciones que se hacen ante sí mismo. Para Nietzsche es la definición fundamental de la libertad: tener la voluntad de la responsabilidad personal.

Hace más de veinte años que el país venezolano dejó de ser el que me vio nacer y corretear por plazas y calles en pos de una democracia que todavía sigo buscando porque cuando creo haberla encontrado alguna circunstancia desdichada o algún caudillo civil o militar se apodera de ella mostrando sus armas o apoyándose en quienes las poseen y de inmediato la encarcelan, la desnudan y ultrajan y nos torturan con jubiloso sadismo.

El mal enloquecido se arrastra por el mundo devorando con igual persistencia mortal a judíos y palestinos, a rusos y ucranianos, llevando a ambos a masacres sin nombre y hay en muchos países, incluyendo el mío, gobiernos impresentables.

Son muchas las peticiones que he firmado para impedir que lapiden a una mujer por no llevar cubierta la cabeza, o salvar de la muerte a seres enjuiciados por defender los derechos humanos en países de absurda mezquindad e intolerancia porque desde mi primera adolescencia abomino de los autócratas, de aquellos que enjuician con un índice moralizante y castigador; desprecio a los traidores, a los que usurpan el poder cualquiera que sea su magnitud y alcances y más aún a quienes infligen torturas físicas o psíquicas a sus víctimas. Detesto a los machistas que desprecian y ultrajan a las mujeres y rechazo al tiempo que corre acelerado al saber que soy vecino de mi propia muerte.

Hace más de veinte años que el país venezolano dejó de ser el que me vio nacer y corretear por plazas y calles en pos de una democracia que todavía sigo buscando porque cuando creo haberla encontrado alguna circunstancia desdichada o algún caudillo civil o militar se apodera de ella mostrando sus armas o apoyándose en quienes las poseen y de inmediato la encarcelan, la desnudan y ultrajan y nos torturan con jubiloso sadismo.

Después del inaceptable e intolerable golpe de Estado que disolvió siete millones de votos contra del régimen cívico militar, un hecho que configuró un palpable acontecimiento histórico, la heroicidad de los votantes decidió sazonzarse, adobarse en un silencioso estruendo como si esperase el milagro de algún ofuscado teniente coronel levantándose en armas, o como si el boxeador abrumado por la golpiza que le está asestando su rival apostase el triunfo a un golpe igualmente milagroso que lo salve del *knockout*.

Personalmente, en mi condición de intelectual de avanzada edad quiero practicar desobediencia civil, pero no me veo solo en la esquina de mi casa o en la plaza de Los Palos Grandes convertido en un viejo tonto vociferando inútiles consignas de oposición. Me veo, me acepto y me reconozco pero rodeado de voces desafiantes y, lamento decirlo, esas voces guardan silencio.

Somos muchos los opositores, abundan y se suceden. Unos sostienen que la mejor salida a la crisis política y social, sanitaria, cultural, educativa es el diálogo dejando libres de culpa a los poseedores de las portentosas sumas de dinero amasadas ayer y hoy. Otros, facilitar una amable sucesión de poder incluyendo en el nuevo gabinete ejecutivo a algún dignatario del régimen; también hay quienes sostienen que solo con la violencia se podrá eliminar la pesadilla y otros aseguran que la solidaridad internacional y la propia torpeza de los “bolivarianos” se convertirán en la solución que se espera y así, de continuo. De hecho, soluciones cómplices, inaceptables, impracticables o improbables.

No me siento corresponsable de ninguna de ellas, pero tampoco me siento capaz de asomar otra más. Como intelectual seguiré escribiendo mis crónicas dominicales en las que pellizco apenas los brazos del régimen y seguiré recibiendo los desafiantes textos que se escriben desde el exterior a la espera del anhelado golpe del vencido boxeador y en la certeza de que el arte nunca ha servido para desalojar a los tiranos del poder.

Evito caer en la nostalgia porque se trata de una añeja y perniciosa trampa del tiempo diseñada para anclarnos en el pasado, compararlo con el presente y hacernos creer que nuestra vida, ayer, fue mejor que la de hoy. Pero no es fácil borrar las asperezas del pasado; pronto descubrimos o nos percatamos que aquella felicidad no fue tan iluminada y seguimos navegando sin rumbo en el ingrato mar de la autocracia y el pensamiento único.

Pero el artista o intelectual que pretendo ser no sabe aún cómo entrar al inmediato futuro del país puesto que no es político de oficio y los verdaderos políticos, atribulados, no encuentran al parecer su propio camino. ¡Sigo siendo el que soy!

La Iglesia católica por su parte, y desde su acertada perspectiva, hace lo suyo con admirable ecuanimidad y admiro y celebro no solo su entereza sino su recio combate y firme vocación espiritual.

No hay miedo en el país, solo hay silencio, expectativas y mucha crueldad militar.

Como intelectual seguiré escribiendo mis crónicas dominicales en las que pellizco apenas los brazos del régimen y seguiré recibiendo los desafiantes textos que se escriben desde el exterior a la espera del anhelado golpe del vencido boxeador y en la certeza de que el arte nunca ha servido para desalojar a los tiranos del poder.

Pero no logro establecer o considerar con suficiente lucidez el compromiso social que debo al país venezolano en esta larga y desconsolada etapa de su accidentada vida. Sin embargo, he hecho de la frase “Lo creo porque es imposible” la línea estética y moral de mi propia vida y de mi conducta ciudadana y ella puede servir tal vez de luz para muchos de nosotros víctimas de oprobios y humillaciones. Se entendería como un débil legado, pero un legado que podría sostener en alto la vida que vivimos.

RODOLFO IZAGUIRRE

Ensayista y crítico cinematográfico venezolano.